

PRIMER PLANO

LUCES PARA LA CONSTITUCIÓN (132)

Director de la Fundación Juan March y director de la Cátedra de la Ejemplaridad/CUNEF, es autor de una amplia obra filosófica, ensayística y dramática. Por su primer libro, 'Imitación y Experiencia', obtuvo el Premio Nacional de Ensayo de 2004

«LOS MÁS IDEALISTAS HAN SIDO A MENUDO LOS MÁS TOTALITARIOS»

JAVIER GOMÁ

DAVID LEMA MADRID

Pregunta. Uno de los 'leitmotivs' de sus libros es la ejemplaridad igualitaria. ¿Qué ejemplaridad se le puede exigir a quien sostiene a su familia con el SMI?

Respuesta. En el pasado hemos sido testigos, sobre todo, de una ejemplaridad aristocrática. Una ejemplaridad que predicaba un grupo pequeño de personas, como los héroes de Homero. Todo mi esfuerzo en la *Tetralogía de la ejemplaridad* está orientado a lo contrario: a una ejemplaridad igualitaria, no aristocrática. Destaco lo que llamo la ejemplaridad sin relieve, la ejemplaridad del montón: esa persona que simplemente cumple con sus obligaciones, que está en un atasco intentando volver a casa para bañar al niño. No diría que ese individuo es como Aquiles, pero sí que ese individuo realiza lo que Aquiles realizó: enfrentarse a su mortalidad con dignidad. No se trata de que unos pocos sean ejemplo para muchos, sino de que todos somos ejemplo para todos.

P. Estamos, como mantiene, en la época de mayor progreso moral. ¿Qué nos el caso Koldo, el caso fiscal general o el caso Montoro en ese esquema?

R. Yo lo resumo diciendo: somos los

mejores. O si prefieres, todas las sociedades son imperfectas, pero la nuestra es la menos imperfecta de toda la historia. Y no solo en lo material, sino sobre todo en lo moral. Porque ¿qué es el progreso moral? Es sustituir la ley de la naturaleza—la del más fuerte—por la ley de la cultura—la del más débil—. Y nuestra sociedad es, con mucho, la que más ha protegido al débil, a cualquier grupo históricamente discriminado: mujeres, ancianos, niños, enfermos, disidentes, parados, presos, extranjeros. Pero no se trata de ser idealistas, sino realistas con ideales. Porque en la estructura de lo humano está la imperfección. P. ¿Lo mediocre?

R. No, no. No es lo mismo. El ideal es una propuesta de perfección, pero tiene una característica peculiar: no existe. Es una aspiración. Los más idealistas han sido a menudo los más totalitarios. Cuando ven que la sociedad no encaja en su plan perfecto, normalmente expresan su frustración—como Cromwell o Robespierre—haciendo rodar cabezas. Por eso hay que reconciliarse con la imperfección. Aceptar el mundo como es, y tratar de mejorarlo. Tú aceptas que en la condición humana hay corrupción. Eso implica reconocer que donde hay

humanidad, hay residuos, escoria, mediocridad. Lo que ocurre es que no hay que ni resignarse, ni reaccionar anhelando tiempos pasados, ni tampoco anhelar idealismos imposibles de un perfeccionismo que te lleva a un puritanismo y que te lleva también a una intolerancia, sino asumir el carácter imperfecto de las instituciones y tratar de reformarlas. P. ¿Cuántas posibilidades hay de que eso derive en cinismo ciudadano?

R. Muchísimas. Para reconciliarte con la imperfección necesitas madurez. Un corazón educado. El problema es que muchas personas no saben relacionarse con la realidad. Buscan en ella algo así como un lugar para ser felices. Y si las instituciones, la política o la economía no les dan esa felicidad, se produce un desajuste. Te puede llevar a la reacción: algunos reaccionan idealizando el pasado («con Franco

se vivía mejor»), falso; otros se resignan («no hay nada que hacer, es el precio que tenemos que pagar»); otros se vuelven cínicos (el cinismo es una resignación sarcástica); y otros quieren reventarlo todo, destruir el sistema para imponer otro *perfecto*. Son los *perfeccionistas*, los *puros*. Robespierre era uno de ellos. Toda impureza le repugnaba. Y eso lleva al totalitarismo. Frente a eso, hace falta una actitud madura: reconciliarse con la imperfección, sin resignación ni cinismo. Aceptar el mundo como es, y procurar reformarlo.

P. ¿Qué ocurre cuando este asco, este cinismo, alimenta una industria política? Pienso, por volver a lo concreto, en los sucesos de Torre Pacheco.

R. Una de las cosas más próximas a eso es el populismo. ¿Qué es el populismo sino el plan de usar el malestar de la gente para alcanzar el poder? Y muchas veces lo hacen cuestionando o despreciando las instituciones de la democracia liberal. Ahora bien, cuando aparecen fenómenos o líderes populistas en América del Sur, del Norte o en Europa, solemos hablar muy críticamente de ellos. Pero no olvidemos que esos líderes no tendrían nada que hacer si la ciudadanía estuviera sentimentalmente bien educada.

P. Sitúa la responsabilidad en el ciudadano, no en las instituciones.

R. Bueno, yo concedo mucha importancia a las instituciones, claro que sí. Pero lo realmente importante de una sociedad son las costumbres.

P. Las *mores*.

R. Las *mores*. Las costumbres son, para mí, la generalización de la educación del corazón de la gente. Y una institución es una costumbre organizada. Una institución es un lugar donde la gente se comporta de una manera reglada, colectivamente. Son capaces de crear una costumbre. A veces está regulada por ley, a veces no. Por ejemplo, en la sociedad española, el 99,9 % de las personas, sin saberlo, cumple las normas todos los días. Pagas el parking, el autobús, devuelves lo que te prestan, pagas el alquiler de un coche... Y eso es lo que sostiene a una sociedad: el hábito ético generalizado. Es decir, la sociedad cumple la norma. ¿Por qué? ¿Porque si no te van a penalizar? No. Porque hay una costumbre general entre gente normal de cumplir. Ahí está el meollo de un país moderno: en la generación de buenas costumbres democráticas. Si esas costumbres existen, la gente cumple más allá de lo que exige la ley. Hace cumplir la ley e incluso adopta hábitos favorables al espíritu cívico y democrático, más allá del Estado de Derecho. Conside-

ro muy importantes las instituciones. Pero si solo están basadas en la ley, son papel mojado. Pongo un ejemplo: un país africano que consideramos fallido. No funciona la economía, no funcionan las instituciones. Una visión positivista diría que lo que necesita es una buena regulación. Entonces, ¿basta con eso? ¿Ese país dejaría de ser fallido y se volvería próspero solo con una buena regulación? No haría falta más que una fotocopiadora, coger el BOE de una democracia avanzada, lo fotocopias y lo pones en vigor en ese país. ¿Y al día siguiente ya sería una sociedad modelica? Evidentemente, no. ¿Qué le falta? Costumbres. Si la ley no genera costumbre, no transforma.

P. ¿Qué ocurre cuando esas costumbres se deterioran? ¿O cuando el ejemplo que ofrecen los representantes se basa en el desprecio al adversario?

R. Una cosa es el deterioro de los representantes, que me parece secundario. Otra, mucho más grave, es el deterioro de la ciudadanía.

P. ¿Uno no es consecuencia del otro?

R. Sí, pero no es automático. En primer lugar, hay un cierto buenismo del que yo no soy partidario. A pesar de que he escrito mucho sobre ejemplaridad pública, no pienso que los políticos tengan que ser ángeles. Desde que el mundo es mundo, la política es un enfrentamiento por el poder. Deberíamos recuperar la capacidad de asombro. Es asombroso que, siendo la naturaleza del poder la de perpetuarse, hayamos inventado un sistema—la democracia liberal—en el que los poderosos deben aceptar lo contrario a su naturaleza: que es la alternancia. Un acto antinatural, pero supremamente cívico. Ahora bien, ¿dónde está, entonces, el momento de moralización en política? Pedir que los políticos sean ángeles es difícil cuando han centrado toda su existencia en neutralizar al contrario para obtener el poder. El poder, como decía Carl Schmitt, se construye en torno a la lógica amigo-enemigo. Y, además, genero un universo simbólico, cultural, para justificarlo: utilizo palabras como *libertad* o *igualdad* no para reflexionar sobre ellas, sino para entusiasmar a los míos y obtener el poder y sustituir al otro. Por eso digo que la política, por esencia, no es un espacio moral, sino un espacio de competencia y obtención del poder. Y una vez que se consigue, si se puede, se usa para transformar. A veces no se puede. Ahora no es fácil.

P. Suena un poco clínico. ¿Dónde está entonces la moralidad?

R. Yo creo que es realista. ¿Dónde entra entonces la moralidad? En la opinión pública. Es la opinión pública la que, si está bien educada, puede decir: «A este político no le creo», «este político me ha decepcionado», «no representa el ideal de ejemplaridad que debería tener alguien con poder». Mi tesis es que todos compartimos el mismo imperativo: el de la ejemplaridad. Vivimos en una red de influencias mutuas. Yo te influyo y tú

DNI

► Bilbao, 1965. Es licenciado en Filología Clásica y en Derecho y doctor en Filosofía. Su obra principal es la *Tetralogía de la ejemplaridad*, compuesta por 'Imitación y experiencia', 'Aquiles en el gineceo', 'Ejemplaridad pública' y 'Necesario pero imposible'. Cada domingo publica en EL MUNDO su 'Mayoría selecta'.

PRIMER PLANO

LUCES PARA LA CONSTITUCIÓN (132)



ÁNGEL NAVARRETE

me influyes. Por eso la ejemplaridad es igualitaria. Si sé que mi comportamiento puede beneficiarte o perjudicarte moralmente, nace el principio de la ejemplaridad. Que mi impacto sea civilizador. Los políticos no tienen un deber distinto del de los ciudadanos. Es el mismo. Lo que ocurre es que su círculo de influencia es mayor. Por tanto, su deber no es distinto, pero sí más intenso. La ciudadanía, a través del voto y de la opinión pública, es el verdadero agente de moralización. Si uno de sus representantes obtiene el poder o lo ejerce de forma que contradice ese ideal, entonces se rompe la conexión. Y una ciudadanía bien educada lo castiga.

P. ¿Están en este momento deterioradas las costumbres de los ciudadanos?

R. No. Pero existe el riesgo. En un régimen autoritario, lo que más importa a los poderosos es la obediencia. Los súbditos deben obedecer. En democracia, en cambio, el ciudadano se obedece a sí mismo. Por eso, lo decisivo es lo que cada uno

siente: sus preferencias, sus aspiraciones, su actitud hacia las instituciones, hacia la democracia liberal, hacia su país, hacia Europa. En democracia, todo está en vilo por la educación sentimental del ciudadano. El mayor peligro de una democracia liberal es una mala educación del corazón.

P. ¿Una democracia sentimental no es una perversión de la democracia?

R. No. Yo creo la auténtica democracia es una democracia sentimental, pero no sentimentalista. Si yo te pregunto: ¿por qué consideras que hombres y mujeres tienen la misma dignidad? ¿O que blancos y negros la tienen? No puedes demostrarlo empíricamente. Durante milenios, los más inteligentes sostenían que el hombre era superior a la mujer, y el blanco al negro. Y hoy nos parece una idiotéz. ¿Qué ha cambiado? ¿Una fórmula matemática? No. Lo que ha habido es un progreso moral colectivo, un cambio sentimental. Y ese cambio sentimental es civilizador. El motor de ese progreso, en mi opinión, es el asco. Nos educamos sentimen-

talmente para que ciertas cosas nos resulten repugnantes. Que alguien diga que un blanco es superior a un negro nos parece asqueroso. Los grandes principios de la democracia liberal –igualdad, justicia, dignidad, respeto a la libertad– son conocimientos y sentimientos colectivos asumidos por la mayoría como evidencias. La educación sentimental del ciudadano consiste, básicamente, en cultivar esas evidencias.

P. Hay formaciones políticas que se alimentan de ese asco y hoy la extrema derecha está en auge en Europa.

R. Somos los mejores, pero estamos cabreados. ¿Por qué, si somos los mejores, estamos cabreados? Si digo en una conferencia que «estamos enfadados», todo el mundo asiente. Pero si digo «somos los mejores», la reacción inmediata es de escepticismo, de incredulidad, incluso de enfado. Porque la gente se siente mal. Pero no es lo mismo sentirse mal sabiendo que somos los mejores a sentirte mal pensando que encima estamos en una sociedad perversa, malvada, humillante. Un corazón educado es

CORRUPCIÓN

«No hay que resignarse, sino asumir el carácter imperfecto de las instituciones y tratar de reformarlas»

GAZA

«Me produce escalofríos ese plan de muerte. Por otra parte, me pregunto si la información está distorsionada»

ISRAEL

«Si la ciudadanía reprochara la atrocidad y la destrucción, sus líderes no podrían llevarlas a cabo»

INSTITUCIONES

«Si solo están basadas en la ley, son papel mojado. Lo importante de una sociedad son las costumbres»

CORAZÓN EDUCADO

«Es el que puede sentirse mal sin dejar de reconocer que vive en una sociedad superior a otra pasada»

POLÍTICA

«No es un espacio moral, sino un espacio de competencia y lucha por obtener por el poder»

MORALIDAD

«La ciudadanía bien educada es el verdadero agente de moralización, a través del voto y de la opinión pública»

aquel que puede sentirse mal... sin dejar de reconocer que vive en una sociedad moralmente superior a la de cualquier otro momento histórico. Ahora bien, si una sociedad está compuesta por una ciudadanía mal educada, esa ciudadanía simplemente siente su malestar y busca reprocharlo, desplazar la responsabilidad a otros. Ahí es donde aparece el populista. Explota el malestar de una ciudadanía que no está bien educada. Lo hace para cuestionar la democracia liberal y alcanzar el fin último de la política: el poder. El mayor antídoto contra el populismo es la educación sentimental de la ciudadanía. Saber que puedes estar molesto, indignado... Igual que un asco bien educado es motor de progreso moral, un descontento mal educado es el caldo de cultivo del populismo. Y ese es el mayor riesgo que enfrentamos hoy la democracia.

P. ¿Qué es lo que más asco le da?

R. Me escandaliza que los seres humanos estamos dotados de una dignidad infinita y estemos destinados a la indignidad de un cadáver. La muerte es la cosificación de la dignidad humana. El cadáver es una cosa. Y por tanto, morir es una cosificación. Por eso siento la necesidad de generar, a través de la cultura, una segunda naturaleza donde las cosas no mueran.

P. ¿Cómo interpreta la estadística de cadáveres en Gaza?

R. Es una de esas preguntas en las que cualquier intento de evasión del compromiso con las víctimas parece una falta de responsabilidad. Yo leo la prensa y me informa de una atrocidad planificada, de un plan de muerte que me produce escalofríos y que debe recibir un reproche moral incondicional. Por otra parte, me pregunto a veces si la información que recibo está distorsionada por el esquema del amigo-enemigo de la política, la cual elige los temas y da intensidad por algún tiempo. Quizás hay atrocidades iguales o mayores ocurriendo en otros lugares como Ucrania, Camboya, Sudán o Yemen a las que no prestamos atención porque no sirven al juego del amigo-enemigo.

P. ¿Atrocidades en las que haya implicado un Estado democrático?

R. Posiblemente eso haga mayor el delito de los protagonistas de esa atrocidad. Y también demuestra que incluso en las democracias, si la ciudadanía está educada para la guerra, para la destrucción, para la muerte... entonces ni la democracia te libra de las atrocidades. Si toda la ciudadanía reprochara moralmente ese plan de destrucción, sus líderes no podrían llevarlo a cabo.

P. A la vez, Israel está rodeado de enemigos que lo quieren destruir.

R. Exacto. Muchas veces me piden que tome posición: «¿Estás con los que dicen que Gaza es una atrocidad o con los que creen que Israel tiene derecho a defenderse de unos enemigos que buscan su muerte?». Yo estoy con la dignidad individual.